

Un Recuerdo Doloroso

Ángel Núñez

Ángel Núñez

UN RECUERDO DOLOROSO



Capítulo 1

Era de madrugada, pero sabía que la chica estaría despierta y sola. Bueno, para ser honesto, contaba con ello; lo tenía todo planeado desde hacía un par de meses.

Salí despacio al pasillo, procurando no hacer el menor ruido. Subí los dos tramos de escaleras y llegué al quinto piso. Estuve caminando en puntas de pie, usando un calzado de goma. Su puerta era la número 6. Me pegué a la superficie para escuchar. La chica había puesto música y cantaba de vez en cuando, pero sólo en la parte del estribillo. Golpeé despacio con los nudillos y esperé. La chica dejó de cantar. Fueron unos segundos, pero pareció eterno.

¿Sí?, dijo ella desde detrás de la puerta. Le dije que era un vecino, que necesitaba ayuda con mi madre, porque había quedado atrapada en el elevador. *Oh*, dijo ella, *espere*. Y abrió la puerta.

Yo estaba vestido con ropa deportiva, de tela elástica, y una campera cortavientos, para evitar mancharme. Tenía un gorro para no dejar escapar ni un solo cabello y una red negra en el rostro, para que no puedan identificarme. No me había molestado en cortar agujeros para los ojos; podía ver bien con la red, si el lugar estaba bien iluminado. También tenía guantes de látex.

La chica no abrió del todo la puerta. Sólo una rendija para verme. La cadenilla de seguridad hizo ruido al tensarse. Por más que lo intento, no puedo recordar su expresión. En mi imaginación la veo abriendo los ojos y frunciendo el entrecejo, pero no lo recuerdo en absoluto. ¿Qué cara pone una chica joven cuando ve a un extraño vestido de esa manera? Le disparé con la pistola eléctrica. Las agujas fueron a parar a su cuello. La chica cayó hacia adelante, y fue por los cables del taser que la puerta no se cerró del todo. Empujé y abrí lo suficiente para exponer la cadenilla, que corté con el alicate. No me puse nervioso en ningún momento, porque no había casi gente en el edificio. Vecinos, quiero decir. La mayoría estaba de vacaciones. Temía que la chica gritara, o que no estuviera sola en el departamento, porque eso significaría el final del juego. Tenía estas consecuencias previstas de antemano, pero cuando uno siente miedo no sabe cómo va a reaccionar.

Abrí la puerta con toda velocidad, empujando con el hombro para correr a la chica. Entré al departamento y cerré la puerta. Miré a mi alrededor. Todo estaba en orden. Saqué una pequeña Ruger LPC 380 de la mochila y la empuñé, mirando al resto del departamento. La chica estaba boca abajo, inconsciente. Vestía una camiseta y un pantalón corto de jean, desde dónde asomaba las líneas rojas de su braga. Recorrí el living. La chica estaba limpiando la sala, porque había una escoba apoyada en un

mueble bajo, y un montón de pelusa y tierra en un rincón. La cocina estaba allí cerca, sin ningún tipo de división. Había una cerveza abierta sobre la mesada.

Un pasillo oscuro daba a tres puertas. La primera que abrí era la del baño. Encendí la luz. Nadie. La segunda daba al cuarto de la chica. La cama estaba un poco desordenada. Tenía un típico ropero blanco de madera, decorado con stickers de estrellas. Había ropa interior por el suelo, revistas y una caja de preservativos. Abrí el armario. Nada que llamara mi atención, a no ser por una bonita jirafa de peluche, que asomaba su cabecita entre los pliegues de unos vestidos. La última puerta era de vidrio y daba a un balcón, pero estaba cerrada con llave. Sin embargo, pude ver que no había nadie.

Volví al living. Guardé la pistola y me di a la tarea de dar vuelta a la chica. La miré. El labio inferior se le había cubierto de saliva, pero eso no empañaba su belleza. Su piel era demasiado blanca. Las ojeras grises, me parecía, hacían resaltar el verde de sus ojos. Tenía una pequeña separación entre los incisivos. La nariz se volvía recta al llegar al puente, lo que le daba el aspecto de una escultura griega. No traía corpiño y los puntos de sus pezones se marcaban a través de la tela rosa. La abofeteé, no fuera cosa que despertara en medio de la faena.

Acerqué la mochila y saqué una lámina de nailon, una bolsa, una cuerda fina, un rollo de papel, un trapo y el martillo. Lo dispuse todo sobre el sillón, de manera de tener todo a mano. Puse la lámina de nailon en el suelo, la alisé y arrastré a la chica, levantándola de los brazos de tal forma que la cabeza caía hacia atrás, y, con cuidado, dejé que su cráneo se posara sobre el. Puse la bolsa de mercado a un lado, con la cuerda sobre ella. Miré a la chica. Estaba quieta, como muerta. En la frente se le había empezado a formar una mancha rosada. Acaricié sus cabellos hacia atrás, los pocos mechones que se habían escapado de su rodete.

Esta joven mujer, pensé, es la hija de alguien. Sus padres deben amarla. También sus amigos. Van a extrañarla con dolor. Van a querer averiguar quién le hizo lo que le iba a hacerle, para castigarle de la peor manera. Maneras siniestras, nacidas del odio y la aberración.

Levanté el martillo y lo sopesé, tomándolo por la empuñadura. Ninguno de los objetos que había traído esa noche tenía mis huellas dactilares, ni partículas de ningún tipo. Quería cometer el crimen perfecto, así que me informé sobre los descuidos típicos de los homicidas: Huellas en el filo del arma; gotas de semen en algún lugar del cuerpo; huellas de calzado que delataban su talla –y su estatura y si tenía alguna debilidad en una pierna–; algún cabello dejado, sin querer, sobre la alfombra; colillas de cigarrillos con saliva. Cosas que son obvias, algunos las olvidaban por

falta de planeación, o bien por el calor del momento.

Me senté sobre la chica, mirándola de frente, sin dejar caer todo mi peso sobre su vientre. El martillo era pesado. Dos o tres kilos en la cabeza. Miré la frente de la chica y me imaginé el cráneo destruido. Mi corazón se agitó y mi mano se quedó quieta en el aire. No podía moverla. Miraba mi brazo, preguntándome qué ocurría. Por la nuca me recorrió un frío intenso, pero no sentía miedo.

Al principio pensé que estaba alucinando, como ocurre cuando uno se siente extraño, y por eso no reaccioné cuando los ojos de la chica se abrieron de a poco, y el verde brillante de su mirada asomó por sus parpados. Pero el pánico me envolvió cuando vi que la chica pestañeaba y me miraba con horror. Abrió la boca y tragó aire. Un temblor me recorrió el cuerpo, y, de un momento a otro, estaba inclinado sobre ella, dejando caer el martillo. El golpe hiso un ruido seco al caer muy cerca de su cabeza.

Recuerdo la cara roja de la chica, y sus manos golpeándome el rostro. De alguna manera, había tenido el instinto de aferrarle el cuello, y cuando me di cuenta, apreté con todas mis fuerzas. Pude sentir como oprimía toda la carne contra su columna. Los ojos de la chica se enrojecieron, y algunas lágrimas desbordaron hacia el nailon. La chica movía los brazos a lo largo, sin intentar detenerme ni nada. Ahora que lo pienso, en ese momento habrá perdido la consciencia. Luego, los círculos verde claro de sus ojos se movieron hacia arriba y se perdieron en sus parpados inyectados en sangre. La sujeté hasta que sentí que había muerto, o eso me pareció.

El viento meció los pocos cabellos que le cubrían la frente.

Me dolían las manos. En la palma izquierda, el metacarpo del dedo pulgar se me había dislocado.

Me tiré hacia atrás para suspirar, y en ese momento vi la ventana abierta.

¡Qué imbécil! Había olvidado la bendita ventana. Las cortinas ondulaban por la brisa. Me agaché y miré hacia afuera. Podía ver las demás ventanas de los departamentos vecinos. Me levanté y me puse a un lado, evitando estar frente a la ventana. No había persiana, sólo las cortinas, atadas a un costado. Me agaché otra vez y fui de cuclillas hasta la pared más próxima. Apagué la luz y, con mucha precaución, volví a mirar hacia afuera. No había nadie. Había dos ventanas con luces, pero una de ellas era de vidrio esmerilado (quizá un baño) y la otra, más arriba, daba a un techo. Desaté las cortinas y las cerré. Luego encendí la luz.

Volví a por la chica. Tenía los brazos estirados a ambos lados del torso. Junté sus manos. Se me cruzó por la mente la idea de atarles las manos,

pero no lo hice. No pensé que fuera necesario. Me senté sobre ella, como antes, y la miré. Le di el primer martillazo en la frente. La cabeza se sacudió y un círculo de piel quedó hundido en su frente. La piel se levantó un poco, revelando un borde amarillo. Di otro golpe, justo en el mismo lugar. La piel se hundió, marcada por una profunda fractura. Escuché un sonido agudo proveniente del fondo de su garganta. Volví a golpear, esta vez con más fuerza, y el cráneo se quebró bajo la piel. Un largó chorro de sangre me mojó el pecho del cortavientos. La cabeza del martillo había quedado sujeta por el hueco afilado, que burbujeaba de sangre. Un líquido rosa, aguado, brotó de la nariz de la chica. Tuve que levantarme para no mancharme las piernas. Se formaron dos pequeños charcos rosas a ambos costados del cuello blanco, y luego el líquido empezó a teñirse de rojo.

Sentí curiosidad. Había unas manchas blancas flotando en la sangre. Eran diminutas, pero nunca pude figurarme qué eran.

Tomé la toalla y limpié el martillo. Luego volví a golpearla. La cabeza se sacudió con violencia. Le había quebrado la órbita izquierda y ese lado del rostro se había deformado. Volví a limpiar la herramienta y observé por un minuto. Estaba satisfecho.

Hasta ese momento, había olvidado la música que provenía de la radio. Era una canción alegre, de esas que oyen los adolescentes cuando están conduciendo.

Me limpié las manos, el pecho, y estiré la bolsa. Guardé la cabeza de la chica dentro, tirando desde las agarraderas. Un poco del pelo había quedado fuera, pero no importaba. Até la bolsa con dos o tres vueltas de la cuerda de lana, y luego di dos vueltas al cuello con la cinta aislante. Con una mano levanté el cráneo envuelto en la bolsa (era pesado), y sentí el peso del líquido caliente que se había juntado en la base. Para mi asco, un poco se había filtrado entre la cinta. Me limpié y tomé el rollo de papel, di unas vueltas con él en torno al cuello, y luego sujeté todo con otra tira de cinta aislante. Hice una almohada de papel, levanté el cráneo con una mano, y con la otra dejé papel y bajé el cráneo. Limpié el resto del fluido y tiré los papeles sucios en otra bolsa.

La toalla, para ese momento, estaba pegajosa, así que me di el trabajo de ir a lavarme al baño. Tiré la toalla sucia a la tina. Limpiaría después ese maldito trapo. Me sequé y volví al living.

La chica parecía dormida. La pequeña camiseta había quedado sucia de fluidos. La corté con una tijera y miré los senos blancos, pequeños. Caían a los costados del pecho, separándose. Me excitó sexualmente al ver los pezones rosados. Luego le quité el short. Lo desabroché y lo deslicé por las piernas. La braga era de lencería; tenía una tela fina y transparente en el frente, sobre la pelvis, en la que comenzaban a crecer unas puntas de

pelo. Toqué la vagina; era suave. Muy suave. También toqué los senos. Me levanté y me detuve a pensar. Luego busqué un cuchillo que había afilado por dos días, y corté, de a poco, uno de los senos. La carne era de un amarillo intenso, casi anaranjado. La sangre salió en pequeñas gotas. Lo sostuve en una mano y lo estrujé. Me daba ganas de comérmelo. Lo dejé sobre el vientre de la chica y corté el otro. Por debajo de los círculos carentes de piel, asomaba la carne roja entre los grumos de grasa. Lo pensé un poco más, y le quité la braga y metí el puñal en el fondo de la vagina. La penetré unas tres veces y extraje el arma. Miré mi obra.

Pensé que podría abrirle la capa de los intestinos, pero no me pereció una buena idea. No quería que el contenido se desparramara por todas partes.

Puse papel en los pechos abiertos y entre los muslos. Guardé los senos en una bolsa, que puse a un costado. Fui a lavarme al baño y volví. Saqué una pequeña cámara digital para capturar la escena.

Mi intención no era masturbarme con ellas, como sentenció, falaz, el psicólogo forense. Quería recordar mi gran hazaña. No sé cómo explicarlo con claridad. Nada de esto tiene sentido para mí. Cuando le dije al juez que estuve mucho tiempo resistiendo el impulso de hacerlo, y que masturbarme y tener relaciones no me satisfacía, decía la verdad. Soy consciente de mis actos.

Esperé una hora. Me quedé sentado en el sillón, repasando las fotografías en la pantalla de la cámara. Estuve allí entretenido un buen tiempo, sin pensar en otra cosa. El departamento estaba enviciado por un perfume floral. La chica no olía más que a su desodorante. Luego miré el departamento. No tenía nada de especial. Era blanco en la mayoría de los espacios. Había una pequeña cajonera que también era blanca. Inspeccioné los cajones. Papeles; en su mayor parte facturas pagadas o por pagar. También encontré una agenda, una caja de preservativos sin abrir, llaves y dinero.

Miré a la chica. Las heridas habían sangrado poco, pero lo suficiente para manchar el piso de parquet con pequeñas gotas. Por alguna razón, ver la carne brillante asomando de las aberturas en los pechos me recordó que aún no había tenido la cena. Mi estomago rugió. Pensé en guardar algunas cosas, para ahorrar tiempo, y continuar el trabajo más tarde. No quedaba mucho por hacer de todas maneras.

La cocina estaba a la vista, a unos metros de distancia. Yo me había lavado los guantes con jabón y alcohol, así que no tuve reparos en ir y abrir el refrigerador. Había algunas verduras, huevos, un queso sin abrir, dos latas de cerveza y un pequeño táper con lo que parecía una porción de pastel de chocolate. Miré los tomates; estaban bien. En la despensa encontré café instantáneo, pasta seca, verduras enlatadas y un frasco

grande con arroz integral. No había pan por ningún lado. Ni cereales. Freí unos espárragos en aceite de oliva, los trocé y me hice una ensalada con los tomates y las zanahorias. Espolvoreé un poco de sal y me fui a comer al living, junto a la chica. Me levanté la red y comí un espárrago. No estaba mal, aunque sea yo quien lo diga. Cuando terminé, puse el bol en la pileta, me serví un vaso de agua del grifo y bajé la comida. Di una lavada rápida pero meticulosa al tenedor y al vaso. Herví agua y enjuagué todo, lo sequé y lo puse donde lo había hallado.

Miré la hora en el teléfono de la chica. Ya era bastante tarde, y si no quería que me vieran salir del departamento, lo mejor sería terminar y largarme.

Limpié la sangre de los costados, para que no dejar un rastro, y, con cuidado de no mancharme, levanté a la chica y la dejé sobre el sillón. La senté lo mejor que pude. Esta pequeña actividad me hizo sentir agotado, así que tomé un banco y me senté frente al sillón. Había algo que no me gustaba. Quizá fuera la forma en que tenía los brazos, hacia dentro, con las manos cubriéndole la entrepierna. Le acomodé los brazos hacia los costados, pero parecía un maniquí. Probé cruzándole los brazos sobre la pelvis, y eso me satisfizo.

Volví a sentarme y miré a la chica. Todo estaba tranquilo alrededor. La música en la radio parecía haber disminuido en volumen. De a poco, sin percibirlo, me empecé a quedar dormido. No había alguna razón para estar alerta (la chica estaba muerta); sabía que nadie había oído nada, o de lo contrario la policía hubiera golpeado la puerta. Así que me tomé la libertad de descansar unos minutos, antes de preparar todo para irme.

Capítulo 2

Cuando desperté, el departamento estaba casi a oscuras, mal iluminado por la luz proveniente del baño, en algún lugar del pasillo. Miré a mi alrededor. Alguien había apagado las luces, o el foco se habría quemado. Ya no sonaba la música de antes, sino un ritmo extraño y monótono, casi imperceptible.

La máscara de red se me había llenado de saliva y apestaba. Me limpié con la mano y miré al suelo, para ver si algo había caído, pero no fue así. La chica seguía en su lugar. La bolsa se inflaba y desinflaba, como si respirara. Recuerdo que reí ante este hecho. Debía de ser un efecto de los gases del cuerpo, intentando escapar por el esófago. Pero no era así. La chica descruzó los brazos con suma lentitud. Llevó sus manos a la bolsa en su cabeza, y las bajó hasta el collar de cinta aislante. Tenía las uñas largas, y con ellas abrió la bolsa por la parte del rostro. La sangre desbordó de la bolsa, mojando su cuerpo desnudo. La chica asomó la boca roja para aspirar un poco de aire. Luego, con la misma lentitud de antes, abrió toda la bolsa hasta liberar por completo su cabeza. Tenía parches de cabello seco y gelatinoso por la sangre. No abrió sus ojos, pero parecía mirarme. Bajó las manos hasta su pecho. Rozó los espacios abiertos donde faltaban sus encantos. Jugó con las fibras de carne, con los grumos de grasa. Se apoyó hacia los costados y se levantó del sillón. Había un poco de materia rosada sobre su nariz y toda la mandíbula inferior estaba roja de sangre. Abrió la boca y se lamió los labios. Caminó hacia mí y se quedó quieta, sin hacer nada. Tenía la cabeza gacha. Los fluidos gotearon sobre mi regazo. Sin sus senos, con los trazos rojos que le caían por las costillas hasta las caderas, parecía una escultura de Cristo crucificado, de esas que hay en las entradas de los templos. La chica me tomó del mentón y me levantó la cabeza para que la mirara. Ella también levantó la cabeza. Sus ojos estaban cerrados, sin expresión. Me quitó la máscara con lentitud y luego me acarició el rostro. Se puso encima de mí y empezó a frotarse sobre mi pelvis. Yo no podía moverme; no tuve nada que ver con aquello. Su cabeza quebrada se balanceaba, dejando claro a mi vista la profundidad de las heridas. Luego, ella me recorrió el pantalón, el calzón y extrajo mi erección. Me puso dentro de ella. Pude sentir la costra seca y sedosa entre sus muslos fríos. No decía nada, ni gemía; no tenía la mínima reacción. Sólo me montaba. Después de un rato, no pude evitar eyacular. La chica continuó con lo suyo hasta saciarse, se levantó y se fue caminando hasta el baño. Llevaba la cabeza colgando sobre el pecho. Cerró la puerta tras sí, sumiendo el departamento en sombras.

Cuando pude volver a moverme, intenté pararme. Casi caigo al tropezar con la pata del banco, pero logré dar con el interruptor en la pared. La luz que iluminó el departamento era roja, y brillaba con más fuerza allí donde había reposado la chica. Mis cosas seguían en el sillón. Me subí el pantalón y me puse a juntar mis utensilios. Mis manos estaban limpias, así que no

iba a manchar nada. Busqué la máscara. Estaba bajo el banco. La tomé y la puse dentro de una bolsa. Tomé la botella de agente limpiador y limpié la pata del banco. Miré a mi alrededor. No había dejado nada fuera de lugar. Escuché el ruido de la regadera proveniente del baño. Me sujeté la mochila y salí.

Caminé despacio, prestando oído a cualquiera que pudiera salir en ese preciso momento. Todo estaba en silencio. Abrí la puerta de mi departamento, miré el camino, por si había dejado huellas de sangre, y entré. Fui directo al baño. Saqué una buena cantidad de papel sanitario y dejé la mochila sobre él. Me metí bajo la regadera y abrí el grifo. Estuve allí parado un rato, mientras el agua limpiaba mi traje y me daba en la cara. Luego me quité la ropa y me bañé. Tenía el pene hinchado, y el glande estaba cubierto de fragmentos de costra de sangre. Eso me perturbó, pero la sensación no duró mucho. Me sequé y salí del baño. Me vestí, me puse otros guantes de látex y volví al baño. Embolsé la mochila. La ropa debía ser lavada, para así donarla a caridad o dejarla en la basura.

Fui a la cocina y me hice un té verde. Bebí y me quedé allí, sentado mirando la pared. No tenía nada en la cabeza. No pensaba en mucho, salvo en el dolor que ardía en mi mano izquierda. Fui a mi cuarto. Me miré en el espejo. ¿Así que esto era ser un asesino?, pensé. Luego me acosté en la cama, sobre las colchas. No apagué la luz por miedo y me quedé dormido.

Capítulo 3

Pensé en volver y limpiar la escena, aunque eso requeriría trabajo. Mi fluido seminal había quedado en ella, y sería un grave error dejar semejante evidencia. Había comprado un galón de cloro en el mercado, y otros rollos de papel de cocina. Luego recordé que no tenía manera de volver a entrar en el departamento. No había tenido la necesaria precaución para tomar las llaves antes de irme. De modo que tendría que arriesgarme a usar un martillo y un destornillador. Eso implicaba mucho ruido.

Conecté el cable USB de la cámara a la computadora, y pasé las fotografías a una carpeta protegida. Luego las eliminé de la cámara. Con un buen programa de recuperación de datos, la policía podría dar con las imágenes que se eliminaron de la memoria SD de la cámara, pero bastaba con que yo la destruyera y comprara otra nueva para eliminar esa posibilidad. También estaban las imágenes en la computadora, pero había encriptado el código del archivo, y no les iba a ser fácil acceder a él. Además, estaba el hecho de que debía ser el sospechoso número uno para que se tomaran tantas molestias. No era más que un insignificante empleado de un supermercado. Alguien que pasa desapercibido.

Inspeccioné las fotografías. Había olvidado capturarla cuando estaba en el sillón. Un error tras otro, pensé. Sin embargo, las fotos no habían quedado mal. Dada su naturaleza incriminatoria, no podría compartirlas en internet, pero daba igual. Se me había ocurrido hacerme pasar por forense y publicar las fotos en un foro de material gráfico. Leer los comentarios de los usuarios sobre la chica y eso.

Aún tenía la bolsa con sus senos en el baño. Había puesto en una bolsa aparte las otras bolsas con el papel manchado y el nailon enrollado. No podía quedarme con eso. Tampoco con el martillo. Muestras de ADN quedarían atrapadas en los poros del metal, por muy limpio que parezca. A la ropa la había puesto a secar y debía embolsarla también, luego de aspirar la tela plástica por si quedaba algún cabello.

La gente suele decir que soy un maniático con estas cosas, como cuando me lavo las manos cada vez que vengo de la calle, pero, en verdad, no soy más que un tipo que toma precauciones. Todos tomamos precauciones en algún aspecto de nuestras vidas, sólo que la mayoría ni se fija. Es algo inherente en los humanos. Un perro podría comer en el mismo sitio donde defecó ayer, pero no un ser humano. La precaución es una cuestión pragmática. Bueno, también está el hecho de que soy muy limpio. Me baño tres veces al día. No es nada en contra de los gérmenes. Muchos de ellos son esenciales en el funcionamiento del cuerpo. Si no me baño una vez a la mañana, otra a la tarde y una vez antes de acostarme, me siento incómodo. Me puedo quedar echado en la cama, mirando el

techo y pensando en ello toda la noche, hasta que me toca bañarme en la mañana.

Pensé qué hacer con la chica. Había pasado un día y mi ADN seguía allí. A las bolsas podía tirarlas a un banco de residuos biológicos, al lado del centro médico, pero no tenía la menor idea de qué hacer con la vecina.

Para el día siguiente, tenía planeado deshacerme de las bolsas y de la ropa. No iba a donar la ropa, para no levantar sospechas. No tenía otra cosa que dar y eso iba a ser extraño. Alguien haría preguntas. Por supuesto, en ese momento resultarían triviales, pero cuando descubrieran a la chica muerta a martillazos, me llamarían a declarar. ¿Qué hacía usted tal día, a tal hora? Cualquier inconsistencia en mi declaración me delataría.

Aquella noche no pude dormir. No es que lo intentara tampoco. Me quedé despierto, con un anotador y una cerradura vieja sobre la mesa. Abrí la caja de metal con un destornillador e inspeccioné la estructura interior. Había varias placas de metal, una sobre otra. Introduje la llave y la giré. Las placas se movieron de manera irregular, dejando libre un hueco en horizontal, que permitía el paso de la pieza que jala el pestillo. Dos vueltas más y el pestillo quedaba alojado en el interior. Hice un dibujo en el anotador, remarcando la pieza cuadrada que se enganchaba en los dientes de la llave y abría la puerta. Miré la hoja. No tenía ni idea de cómo iba a llegar a esa pieza sin tener que violar los demás pernos. Al menos que abriese un hueco en la puerta, lo suficiente como para abrir la caja de la cerradura, y tantear los pernos con un gancho hasta dejar libre el espacio por donde pasaba la pieza del pestillo, no había otra manera.

Luego recordé que la puerta no tenía llave. Si podía hacer pasar un pedazo de plástico entre el marco y el pasante, sólo bastaría con tirar de la perilla. Pero tenía que ser un pedazo largo y no demasiado fino.

En una billetera, encontré una tarjeta de debito en desuso. Tomé las llaves y salí del departamento. Cerré la puerta y me puse en la tarea de practicar. La tarjeta no parecía caber en el minúsculo espacio entre el marco y el pestillo. Por más que intentara, no lograba hacer pasar la tarjeta. Quizá era de esos métodos que requieren práctica, como un truco de magia, pero no tenía tiempo.

La chica estaba con la carne expuesta, y los microorganismos encargados de descomponer la materia orgánica no tardarían en encargarse de ella. Quizá dos días antes de que el olor fuera evidente para cualquiera que pasara cerca de allí.

Aún quedaba la posibilidad de abrirme paso por medio de la fuerza, pero iba a tener que inventar un buen justificativo si alguien me oía. Si alguien

me atrapaba así, no tendría mucho sentido mentir.

En cuanto a la chica, mi intención era dejarla en el departamento, para que la policía la encontrara transformada y tomara fotografías para el expediente. Con suerte, algunas de esas fotografías se filtrarían en un periódico amarillista y la gente se pondría a murmurar. Pero eso ya no era una opción. Salvo que pretendiera cortarla a la mitad y tomar el trozo que me incriminaba y dejar el resto para ser hallado, iba a tener que encargarme del cuerpo entero. Y no podía tirarlo al río, sin más. Barajé la posibilidad de inmolarla en un descampado, dentro de un horno de pan o algo así; no quería que el humo con olor a carne llamara la atención. Otra posibilidad era enterrarla y esperar seis meses antes de ir a recoger los huesos limpios. Pero iba a tener que desmembrarla. ¿Dónde podría hacer semejante cosa? También tenía que trasportarla en un vehículo, bien envuelta en plástico, pero yo no tengo ningún vehículo. Nunca me gustó el olor a gasolina que liberan, y esos humos que sueltan en el ambiente. Claro que podría alquilar uno. Pero tampoco me había tomado las molestias de sacar una licencia.

Capítulo 4

En el trabajo estuve todo el día pensando en ello. Creía que al fin había hallado una solución poco escandalosa, en comparación con las anteriores.

Esperé con ansiedad a la hora de salida, y fui a la tienda a comprar un soplete de bolsillo y una palanca de acero. Mientras me iba, caí en la cuenta de que había sido un descuido de mi parte haber comprado ambos objetos en el mismo lugar, pero después no le di importancia.

En el departamento, busqué ropa para improvisar un traje hermético y una máscara. Luego, me senté a esperar. No había encendido el televisor ni nada, sólo me senté en un banco en la cocina, mirando el reloj de pared. Hice esto por dos horas, hasta que me empecé a inquietar. Me preparé café y tostadas con jalea. No era un buen almuerzo, pero no tenía hambre en lo absoluto. Sólo quería hacer tiempo hasta la noche. Fui a darme un largo baño, con el agua bien caliente para calmar mis nervios, pero al salir todavía faltaban cinco horas.

Fui a recostarme en mi habitación. Estuve allí un rato, hasta que me levanté y encendí la computadora. Repasé las fotografías. La chica parecía estar viva bajo la bolsa, a pesar de las graves heridas en su pecho. En cambio, tirada en el suelo se notaba su falta total de ambición. Sus brazos abiertos hacia los costados. Su vientre hundido. Los dedos grandes de los pies apoyándose uno contra otro, sin color.

Medité mi plan y los objetos que debía llevar. Estuve listo una hora y veinte minutos antes de salir. El tiempo transcurría con lentitud. Así es la percepción de alguien que está con prisas.

De haber tomado las llaves antes de irme, pensé, en ese momento estaría haciendo algo más provechoso. Armar un rompecabezas de mil piezas; escuchar todos mis discos, uno tras otro; ordenar mis piezas de ajedrez negras en la defensa holandesa o *stonewall*; limpiar el fregadero; leer el periódico. Pero no se podía dejar un trabajo a medias. Las equivocaciones, pensé mirando la mochila ya preparada, resultan más caras que los aciertos. Pero al menos se aprende.

Salí once y punto. Subí las escaleras y llegué al piso donde estaba la chica. Tenía esa extraña sensación de familiaridad, de un lugar cerrado que ya visité, y al que podría volver, aunque esto no era más que una idea sin fundamentos. Me puse frente a la puerta, miré para todos lados, y saqué el destornillador. Quité la elegante placa de bronce bajo el pomo que protege la cerradura, y descubrí el agujero en la madera. Guardé el destornillador en mi bota, me saqué la mochila y extraje el soplete y una botella de agua de pico chato. Quemé la madera con golpes esporádicos

de la llama, hasta que las capas de ceniza se agrietaron y comenzaron a separarse. La parte alta del orificio había prendido y brillaba. Seguí calentando la madera un poco más, siempre mirando en rededor y prestando oído a los departamentos vecinos. Cuando el olor a carbón se hizo evidente, lancé un chorro de agua a la madera. Guardé el soplete caliente y la botella en la mochila, y extraje la palanca de acero. Metí la punta curvada en L en la madera quemada y empecé a despedazar el orificio. Las astillas cayeron sobre la alfombra. Hice esto por un rato, pero no había funcionado. Tan sólo se había quemado de manera superficial; hacia adentro, la madera seguía solida, ajustada contra la caja de la cerradura. Iba a tener que despejar la zona y seguir quemando. Debía de tener cuidado de no tardarme mucho.

Escuché el ruido inconfundible de llaves que chocan, seguido por el de una cerradura destrabándose. Todos los músculos del cuello se me tensaron. Con un salto, fui hasta la escalera, bajé hasta el otro piso y me quedé allí, a la espera. Alguien salió con un perro. Pude identificar el sonido de una correa de metal y las patas del animal. No estoy seguro, pero por el ruido seco de los pasos, la persona debía ser un hombre. Esperó la llegada del elevador. Mientras tanto, el perro olfateaba el aire con interés. Cuando el elevador llegó, el hombre abrió la puerta, pero, por el ruido, parecía que el perro quería quedarse oliendo. El hombre habrá de haber tirado con fuerza, porque el animal dio unos pasos apresurados hacia el elevador, y la puerta se cerró de golpe. Esperé hasta que el elevador descendió un par de pisos y subí.

Me asusté al ver que era obvio que alguien había quemado la puerta. El orificio negro estaba rodeado por varias estelas marrones. Me quité la mochila y me la puse por delante. No quería tardar en guardar todo en caso de que el hombre volviera con un policía. Extraje el soplete del bolsillo izquierdo y seguí con el trabajo. Quemé la madera de adentro hacia fuera, dándole a cada parte su tiempo. El olor a ceniza era insoportable. Guardé el soplete con prisa, y la boquilla me quemó al agarrarla. Casi se me cae, pero la puse en el bolsillo. La palma del guante de látex había quedado pegada al metal. Extraje la palanca. Carraspeé la madera hasta que levanté una tira larga, que llegaba hasta arriba. Me agache para ver la cerradura. La superficie metálica había quedado negra, como las astillas a su alrededor. Saqué el destornillador y busqué alguna cruz hendida donde ajustarlo. Mientras estaba allí, me dieron ganas de patear la puerta hasta partirla, pero no podía hacerlo. Enjuagué mis dedos con agua e intenté limpiar el hollín de la cerradura, para hallar los tornillos. Del otro lado, podía atisbar la luz rojiza. Tan sólo uno de los tornillos era visible, en el extremo superior derecho.

Me alejé y me detuve a pensar. Estaba nervioso, pero intenté tranquilizarme. Tenía unos veinte minutos antes de que el dueño del perro subiera. Por debajo del pasamontañas me caían las gotas de sudor hasta

el cuello.

Guardé todo, menos la palanca. Empecé a desmenuzar los bordes de madera en rededor de la cerradura. Estaba haciendo mucho ruido en ese momento, y lo mismo hubiera dado si pateaba la puerta. Había un extintor de incendios al otro extremo del pasillo. Me limpié las astillas de los guantes y fui a descolgarlo. Era pesado, pero pude con él. Me acerqué a la puerta y levanté el extintor. Estuve a punto de embestir la puerta, cuando ésta se abrió.

No entendía qué había ocurrido. Dejé el extintor en el suelo y empujé la puerta. El vestíbulo seguía mal iluminado por el resplandor rojo. Me pregunté si algo de sangre había manchado el foco eléctrico. La chica no estaba por ningún lado.

No entré. Tenía una sensación extraña. Estaba tenso y una electricidad fría me erizaba los pelos de la nuca. Un flash imaginario de la chica, de pie del otro lado de la puerta, empuñando un cuchillo de cocina, surgió en mi mente.

Dejé el departamento y me fui. De todos modos, no había sido una buena idea haber destrozado la puerta de esa manera.

Capítulo 5

De regreso, me di un baño caliente para calmarme. No quería pensar en ello, a pesar de que era inevitable.

¿Qué ocurriría luego de que alguien viera a la chica? ¿Qué le diría a la policía? Era un paso de rutina que pidieran muestras de huellas y saliva a todos los habitantes de un edificio donde se ha cometido un crimen, así que debía negarme. O aceptar, en el caso de que pasaran muchos días. ¿Y si mi semen se pudría dentro de su útero?

Debí haber vuelto para vaciarle una botella de cloro en la vagina. Usar un embudo y todo eso.

Fui un imbécil.

Me puse el pijama. El traje negro hermético estaba arrugado sobre el suelo del baño. La mochila estaba en algún lugar, entre el sillón y la puerta. Me sentía muy mal. Pensé en que aquel día, sería mi último día de vida normal. Ir al trabajo, hablar de fútbol con mis compañeros, beber café hirviendo. Todo eso terminaría. Al menos que pudiera volver. Retirarle el útero por entero y volver con el, meterlo en una bolsa y dejarlo en un centro de desechos biológicos.

Estaba acurrucado en mi cama, abrazándome las rodillas, cuando sonó el timbre. Pasaron unos segundos y volvió a sonar. Y siguió así, provocándome. Yo tirité sobre las colchas. No podía levantarme. No tenía voluntad.

Afuera estaba la chica. No necesité mirar por la mirilla para saber que era ella.